

MEMORIAS DEL MAÑANA

AUTOR: COM_PASIVO

La vieja casona de la familia, enclavada en la cima de la sierra, se mostraba magnífica, ostentosa, aunque denotaba el paso del tiempo.

Roberto, el casero, no salía de su asombro al ver la polvareda que se levantaba en el ingreso del camino desde la ruta. Si bien estaba alerta se mostraba más que curioso ¿cuánto hacía que nadie aparecía por la casa?, ni curiosos.

No pasaron más de tres o cuatro minutos y pudo observar como el autor de la polvareda se detenía frente al portón de hierro, otrora orgullo de los dueños y de los habitantes de la casona, hoy sin pintar, con muestras descascaradas de vieja pintura verde oscura, ello permitía recomponer, idealmente, su antigua prestancia.

Roberto, ya anciano, conservaba buena vista, pudo distinguir a un hombre joven que descendía del soberbio auto amarillo con el objeto de abrir el portón para poder ingresar al predio. Se dijo a si mismo —va a tener que gritar jovencito, está cerrado con llave —, no fue menor su sorpresa cuando vio que retrocedía a buscar algo en el auto.

De inmediato, el joven parado ante el portón, manipulaba una gran llave, antigua, que hizo girar y el portón pudo abrirse. Subido nuevamente al auto, comenzó a ingresar, sin detenerse a cerrar el portón.

Inquieto, expectante, Roberto esperaba el arribo del visitante, tenía tanta soledad que ya no sabía si hablaba solo o simplemente pensaba. Frenó de golpe ante la escalera de ingreso, casi sin haberse detenido totalmente, saltó del coche y se quedó mirándolo, con una sutil sonrisa en los labios, preguntó;

— ¿Roberto, no sabes quién soy?

—Perdón niño, ¿lo conozco?, tiene cara familiar, pero...

—Soy Eugenio, el hijo de Alfonso, — respondió el joven,

— ¿Eugenio? preguntó Roberto, y dijo—pero si debe tener como treinta años—

— Pues exactamente, la semana que viene, primero de setiembre, cumplo treinta años.

— ¿Se puede saber que anda haciendo por acá, en esta época del año y solo?

— En realidad vine por unos días, estoy escribiendo un libro, sobre la familia, y papá me dijo que aquí podría encontrar algo que me sería útil.

—Bueno, niño Eugenio, pase, pase, ya veremos en qué podemos ayudarlo.

Eugenio buscó la maleta en el auto y comenzó a subir las amplias escaleras de mármol, le parecieron mucho más pequeñas que como él las recordaba.

Roberto, entre alegre y sorprendido por la visita, caminaba presuroso por el amplio pasillo por el que se accedía a las habitaciones, deteniéndose en la segunda de las puertas, la abrió suavemente e ingresó para abrir las cortinas y ventanas.

Dándose vuelta rápidamente, le dijo: —póngase cómodo, luego venga al comedor, le prepararé algo de comer, ¿no ha almorzado, verdad ?

—No, no he comido nada, pero no se preocupe.-

— ¿Cómo que no me preocupe?, yo no he almorzado y estaría bien que me acompañara, no es habitual para mí tener alguien con quien conversar.-

—Está bien, enseguida voy —contestó Eugenio.

Terminado el almuerzo y el cuestionario lógico, que había elaborado Roberto, sobre todos y cada uno de la familia, Eugenio se dirigió a la biblioteca. Aún conservaba ese leve aroma rancio del papel viejo y del encierro. ¿Cuántos años haría que nadie entraba ahí?, se preguntó.

Con las ventanas abiertas tenía mejor luz, comenzó a recorrerla de lado a lado, mirando lo magnífico de los libros, sus lomos impecables, separados por temas diversos, pudo ver las colecciones de cuentos que leían cuando niño, los otros nunca los podían tocar.

Entre ellos había uno que sobresalía, como si no hubiese sido bien guardado, lo sacó y comenzó a pasar hoja tras hoja, sin detenerse en ninguna, de pronto, se detuvo, prestando atención al título de un capítulo que decía: “Memorias del Mañana”, unos párrafos mas abajo comenzó a leer: “...*el menor de los hijos de la familia, unos días antes de que llegara la primavera, había regresado a la vieja casona, cargaba un sinnúmero de papeles, pluma y tinta para escribir la historia de la familia. El día de su llegada, después de almorzar en compañía del mayordomo, se había dirigido a la biblioteca encontrando un libro que relataba una historia que repetía los pasos que estaba dando*”.

Eugenio, entre sorprendido y curioso, lo dejó sobre el escritorio, se dirigió al jardín para comenzar una recorrida por sus recuerdos. Todo lo veía igual, primero fue hasta el árbol donde una vez con sus primos había hecho una choza, luego paseó por la ribera del río que atravesaba la propiedad, siguió andando hasta que el sol comenzó a ocultarse,

De regreso a la casa se dirigió a la biblioteca, retomó el libro y continuó leyendo desde donde había dejado: “...*de pronto, dejó el libro sobre el escritorio, se dirigió al*

jardín para ver si todo estaba como él lo recordaba, primero fue hasta el árbol, donde una vez con sus primos habían hecho una choza, luego se dirigió hasta la ribera del río y caminó hasta que el sol comenzó a ocultarse, de regreso en la casa, volvió a la biblioteca y retomó la lectura del libro que había dejado. Absorto con la lectura no se percató que estaba solo en la casa, no se oía ningún ruido, las luces estaban todas apagadas. El mayordomo no estaba, se preparó algo para cenar, luego se retiró a su habitación para descansar, no sabía la sorpresa que le esperaba,...”.

A todo esto, Eugenio comenzó a buscar a Roberto por toda la casa, no aparecía por ningún lado, cansado, se preparó algo de cenar, muy frugal y rápido, estaba exhausto, el viaje, la caminata de la tarde, después de eso se fue a dormir.

Pasada la medianoche unos ruidos lo despertaron, sentado en su cama, trató de ubicar de dónde provenían, parecía que del gran salón. Cuando salió de su dormitorio se encontró con todas las luces encendidas, se escuchaban voces, risas y música.

Se asomó, no vio a nadie, pero los ruidos, las voces, las risas y la música, seguían.

Llamó reiteradamente a Roberto, nadie respondía. Rápidamente regresó a la biblioteca a buscar el libro que había estado leyendo, encendió la luz y ahí estaba, sobre el escritorio. Continuó leyendo, desde donde había dejado: “... *pasada la medianoche, una serie de ruidos, voces, risas y música habían poblado la casa, medio dormido, sentado en la cama, trataba de ubicar de dónde provenían, salió de su habitación, encontró todas las luces encendidas, las voces, las risas y la música continuaban pero él a nadie veía, lo que no comprendía era que todos estaban ahí pero no los veía...*”

Decepcionado regresó a su dormitorio, aún oía los ruidos. Cuando recuperó el aliento se sentó sobre la cama pensando... dónde estaba el límite entre la fantasía y la realidad, existía una frontera visible para definir el lugar de cada una o simplemente debería dejarse llevar hasta un estado de inconsciencia para definir su lugar.

No logró conciliar el sueño ni tampoco llegar a una respuesta satisfactoria a su inquietud. Lo sorprendió el sol y el canto de las aves, se vistió lentamente y bajó hasta la cocina, toda la casa estaba a oscuras, ventanas y puertas cerradas, llamó a Roberto reiteradas veces, pero nadie respondía.

Nuevamente comenzó a recorrer las habitaciones, en la mayoría, cuando abría la puerta, se percibía un olor rancio, húmedo, a olvido.

En la última que intentó abrir era como que algo, desde adentro, se lo impedía, puso toda su fuerza en ambas manos y logró ingresar, inmediatamente y con un sonoro

estruendo, detrás de él, la puerta se cerró haciéndolo sobresaltar. Dio unos pasos y sintió como si atravesara una cortina de gasa, apresuró su paso notando que se habían erizado los bellos de sus brazos y sus cabellos.

La habitación no estaba totalmente oscura, de algún lugar algo radiaba una luz mortecina, suficiente como para distinguir los objetos, miraba para ambos lados, apenas distinguía los cuadros y adornos que había en las paredes, pero al pasar delante de un espejo pudo ver una figura.

Reaccionó sobresaltado, volvió a pasar delante del espejo, se detuvo, ahí estaba él pero vestido de frac, al borde del paroxismo retrocedió saliendo de la habitación al pasillo. Todas las luces estaban encendidas, la música sonaba casi con estridencia, comenzó a descender por la escalera principal, al llegar al salón pudo ver toda la gente bebiendo y conversando, vestidos de gala.

Atravesó el salón, disimulando su estupor, no reconoció a nadie, cuando llegó al balcón se asomó hacia la entrada principal, sólo se veían carruajes tirados por caballos, sus conductores, según él dedujo, alrededor de una mesa, a la entrada del establo, comiendo y bebiendo, vociferando y riendo.

No podía creer lo que veía, no sabía que había atravesado un puente, invisible, que lo trasladó a otra época, no sabía, en realidad no podía saber de que había llegado el día que sus abuelos ofrecieron una recepción para todas sus amistades para inaugurar la casa nada más y nada menos que muchos años antes de que él naciera.

Notó que estaba todo mojado de transpiración, esta era fría, se sentía a punto de perder el sentido. Regresó por el salón a paso lento, todo parecía ser normal, menos para él.

Cuando logró salir del gran salón ascendió corriendo por la escalera, se dirigió a su habitación se puso su ropa de cama y se acostó, no logró conciliar el sueño, por fin se pudo dormir. Cuando despertó lo primero que hizo fue asomarse al pasillo, no escuchó nada, se vistió y bajó hasta la cocina. No había nadie, no había luz y todos los anaqueles estaban cerrados.

Cuando se acercó y vio que la heladera no estaba enchufada la abrió, en su interior no tenía nada, revisó los armarios y todos los muebles, nada, todo estaba vacío. Su corazón se aceleró, se dirigió al jardín, este lucía totalmente descuidado, lleno de hojas y pastos altos, en su recorrido llegó hasta la cochera, tampoco estaba su auto.

En su desesperación regresó corriendo a la casa, cuando entró se dirigió a la biblioteca, totalmente vacía no había muebles ni libros, se sentó en el piso, lleno de tierra sin saber qué hacer.

Poco tiempo después se vendió la propiedad, sus padres aún sin comprender que había pasado con Esteban.

Transcurridos tres o cuatro meses desde la venta de la casona de la sierra, Amalia, la mamá de Esteban, dispuesta a enterrar todo recuerdo, se dispuso a retirar de la vista todo recuerdo relacionado con tantos años atados, tanto a su juventud como a los pasados en familia, en cada verano.

Así fue que al retirar unas fotos de un hermoso bargueño de caoba con laterales y frente de vidrio, enmarcadas en un hermoso portarretratos de plata labrada, se detuvo y miró con detenimiento la imagen, era una foto, en color sepia muy antigua, de la fiesta de la inauguración de la casona.

Debió mirarla varias veces, no podía creer lo que estaba viendo, se restregó con fuerza los ojos, limpió con ansiedad y un cierto temblor de sus manos, sus anteojos, y volvió a mirar. En ese momento pegó un grito que alarmó a su marido, quien presto corrió hacia la sala principal, donde se encontraba Amalia.

La encontró sentada en el suelo, sollozando y señalando la fotografía —mira, mira,...— repetía sin cesar. Agustín tomó la foto y lanzando un suspiro cayó sentado junto a Amalia y comenzó a llorar, desconsoladamente.

En la foto se apreciaba un grupo importante de gente al pie de la gran escalera de la vieja casona, todos engalanados, con vestidos largos, las mujeres y smoking los hombres, mirando hacia la escalera, por ella descendían los padres de Amalia y por detrás de ellos se veía a un joven, sonriente, despreocupado, como todo joven. Era Esteban.